



EVANGELISMO DE COSECHA presenta  
**La Escuela de Transformación**  
con Edgardo Silvoso

*LECTURA para Semana 4:*  
**MUSICA DEL CORAZON**

Capítulo 4 del libro **LA MUJER, ARMA SECRETA DE DIOS** por Edgardo Silvoso  
*Usado con permiso del autor*



Disponible en la  
**Librería Transformar**  
[libreria@edcargentina.com](mailto:libreria@edcargentina.com)

Las mujeres despiertan los más intensos sentimientos en los hombres. La poesía, el teatro, las canciones y la música captan la profundidad y la intensidad de estos sentimientos en una interminable cascada de armonías. Desde la madre que lo sostuvo por primera vez sobre su pecho hasta la esposa que lo rodea con sus brazos, hasta la hija que lleva sobre sus hombros, el hombre tiene una relación muy estrecha con la mujer. Nada puede tocar el corazón de un hombre, como una mujer. Ella puede hacer que broten fuentes de ternura en la rugosa superficie de su alma.

### **Arrojado a un mar de amor**

Recuerdo vívidamente el día en que, siendo aún un adolescente, vi una figura que cambiaría mi vida.

Poco después de convertirme, hice un pacto con Dios. Le dije que no quería salir con diferentes chicas para descubrir con cuál debería casarme. En cambio, estaba decidido a esperar que Él me indicara cuando llegara la mujer para mí. No fue fácil, pero mantuve mi promesa. De la misma manera que los atenienses oraban “al dios desconocido”, yo oraba por la joven desconocida que Dios tenía, en algún lugar, para mí.

Un par de años más tarde, un amigo me mostró una fotografía de una familia en la que había varias jovencitas. De pronto sentí que el Señor me decía: “La jovencita que está en el extremo inferior derecho es la que tengo para ti”. Inmediatamente busqué una lupa... ¡y le respondí a Dios que Él sin duda tenía muy buen gusto!

Fascinado como estaba, poco podía hacer al respecto, ya que esta joven vivía en otra provincia, a cientos de kilómetros, y asistía a una iglesia que pertenecía a una denominación que históricamente había sido antagonista de mi denominación.

Aunque ella hubiera vivido en mi ciudad o hubiéramos podido comunicarnos, en aquel entonces, en mi país, Argentina, ponerse de novio con una chica cristiana era un proceso muy complicado. El potencial pretendiente debía recibir una invitación para hacer visitas

sociales a la casa, y para eso era necesario que alguien lo recomendara. Si a la joven le agradaba, era necesario solicitar permiso a sus padres para poder visitarla en carácter de pretendiente. En caso de que se le otorgara ese permiso, lo más osado que podían hacer era tomarse de las manos, hasta que les permitieran avanzar un poco más. En un nivel estrictamente humano, mis chances de conectarme con ella eran, en el mejor de los casos, muy remotas.

Pero Dios tiene formas de hacer que su voluntad se cumpla. Juan Carlos Ortiz<sup>5</sup> estaba a punto de casarse con la hermana de la joven que yo había visto en la foto, y habían decidido realizar la ceremonia civil en mi ciudad, así que se esperaba que asistiera toda la familia. Lo que yo no sabía era que aproximadamente al mismo tiempo que yo escuché el mensaje de Dios, ella también había visto una fotografía de nuestro grupo de jóvenes, y sintió que Dios le decía: “Ese joven alto, de campera de cuero negra, es el que tengo para ti”. Cuando esa muchacha llegó a la ciudad, comenzamos a buscarnos cada uno por su lado, sin tener la más mínima idea de lo que el otro estaba haciendo al mismo tiempo.

El día que ella llegó, fui a casa de mi pastor en una visita “espontánea”, y allí estaba. En el momento en que vi sus ojos verdes me sentí arrojado a un mar esmeralda. Su cabello era una montaña de oro. Sus dientes perfectos, entre unos bellos labios y flanqueados por hoyuelos, agregaban un marco increíble a una figura excepcional. Su voz era susurrante, de contralto; y cuando tomó la guitarra y comenzó a cantar, me sentí como si hubiera sido transportado al cielo.

Ella tocó mi corazón como nadie más lo había hecho jamás. Yo sabía que existía un río de amor, pero ignoraba por completo cuán potente podía ser... hasta que invadió mi alma. Ese día mi vida cambió para siempre. Aunque pasarían siete años antes que estuviéramos juntos frente al altar, el día que vi por primera vez a esa joven me sentí atrapado por ella. Todas mis emociones fueron cautivas de las suyas. Había mirado directamente al sol del mediodía, y ya no podía ver a nadie más. Oasis de romanticismo brotaron en mi alma. Una vez más, como en innumerables ocasiones a través de los tiempos, desde el comienzo del mundo, una mujer había tocado a un hombre y lo había cambiado por completo.

Esa joven, la que vi por primera vez en una fotografía, es ahora mi esposa, Ruth. Juntos hemos construido un nido de amor donde nacieron y crecieron nuestras cuatro hermosas hijas: Karina, Marilyn, Evelyn y Jesica.

## **El lado oscuro de la luna**

Las mujeres pueden provocar los sentimientos más nobles en el corazón de un hombre; pero al mismo tiempo, pueden causar las más profundas heridas. La música es prueba de ello. Desde el lánguido

lamento de las baladas de la música *country*, hasta el airado grito del tango, las canciones testifican de la profundidad de ese dolor. Las parejas que ayer se abrazaban frente al altar, hoy sucumben ante el alcohol para matar el dolor que asfixia el amor que alguna vez floreció entre ellos. ¿Cómo puede algo que comenzó con tanta belleza en un lecho de flores, terminar tan trágicamente en la parcela de un cementerio?

La raíz del problema se remonta a los comienzos del mundo. Todo pecado afecta las relaciones en dos niveles: vertical, entre las personas y Dios, y horizontal, entre dos o más personas. Cuando Adán y Eva experimentaron el pecado, además de quebrar su comunión con Dios, también quebraron la comunión que había entre ellos. La perfecta intimidad que habían conocido quedó destrozada. El mismo Adán que días antes describiera a Eva como “hueso de mis huesos y carne de mi carne” y que creó la palabra para nombrarla, ahora se aparta de ella y la acusa ante Dios de ser el origen de su miseria espiritual.

El primer pecado creó una brecha entre el hombre y la mujer, la de los sexos, que es la brecha horizontal más antigua. Desde aquel triste día en el huerto, hombres y mujeres han sufrido sus consecuencias, la más devastadora de las cuales es la tremenda sensación de estar incompletos que ambos arrastran cuando no están en armonía. Esto, a su vez, le ha dado una tremenda ventaja al diablo. Nunca el axioma “divide y vencerás” ha rendido dividendos tan altos como cuando Satanás lo aplicó a la brecha entre los sexos. Jane Hansen, la presidenta de Aglow Internacional, captó la urgencia y la relevancia de esto al decir: “Cuando Dios creó a Adán, lo hizo a su propia imagen, varón y mujer. Ambos componentes estaban en Adán. Cuando Dios tomó parte de Adán para crear a Eva, él se convirtió en totalmente masculino, mientras que ella pasó a personificar la dimensión femenina de Dios. Es imperativo que hombres y mujeres se reconcilien, de manera que puedan expresar plenamente la imagen de Dios en la tierra”.<sup>6</sup> Ningún énfasis que se agregue a las palabras de Jane Hansen es suficiente: ¡Hombres y mujeres *deben* reconciliarse para reflejar a Dios sobre la tierra!

### **La primera pérdida**

Cristo vino a buscar y salvar lo que se había perdido. En un sentido horizontal, la primera pérdida fue la intimidad y la igualdad entre el hombre y la mujer. Sus consecuencias se multiplican a través de los siglos. La necesidad de sanidad entre los sexos va más allá de los hombres y las mujeres. Afecta a las instituciones, seculares y religiosas, así como a las familias.

Aunque el Antiguo Testamento concluye con una nota de gran esperanza, prediciendo que en los últimos días Dios hará volver

los corazones de los padres hacia sus hijos (véase Malaquías 4.4-6) para que esto suceda, los padres deben, primero, estar reconciliados entre sí. La reconciliación es necesaria porque muchos, si no la mayoría de los problemas de los jóvenes hoy en día, son la expresión visible de las raíces escondidas debajo de los problemas no resueltos entre los sexos que se remontan al huerto del Edén.

## **El anticuerpo**

La reconciliación entre hombres y mujeres es la clave. Pero dentro de esta clave existe otra: la restauración de la mujer. Los hombres construyen casas, pero las mujeres son quienes las convierten en hogares. Es esta extraordinaria capacidad de alimentar y nutrir la que se debe afirmar y liberar.

Como a Eva en el huerto, el diablo les ha mentido a las mujeres. Como Adán en aquel fatídico día, los hombres continúan fortaleciendo la conspiración con su silencio y sus juicios. Las consecuencias son dolorosas y han alcanzado carácter de epidémicas, ya que toda generación nace con este virus.

Aunque la muerte de Cristo cambió todo, la mayoría de las personas, aun los cristianos, todavía no saben que existe una vacuna divina para esto. Cristo se inyectó a sí mismo la bacteria mortal y la venció, produciendo así anticuerpos que salvan las vidas. “Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay... varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3.27-28).

Es hora de que la cadena de desesperación se rompa y de que las mujeres tomen el sitio de honor que Cristo tiene para ellas. No se trata de un lugar de pasividad. Todo lo contrario: es el frente mismo de los planes de Dios. La Biblia abre con una amenaza de Dios a Satanás: “Pondré enemistad entre ti y la mujer” (Génesis 3.15) y cierra con la figura de una ciudad donde multitud de personas habitan con Dios para siempre porque la simiente *de la mujer* (Jesús) ha aplastado la cabeza de Satanás (véase Apocalipsis 21).

Se acerca rápidamente el día en que las mujeres de todo el mundo escucharán la palabra “¡Pelea!” y pelearán. Pero para que esto suceda, hombres y mujeres deben tomar conciencia de la red de sutiles mentiras que han aceptado y por medio de la cual las mujeres han sido sometidas.

El poder que refuerza estas mentiras es la falta de reconciliación entre ambos sexos. No sólo las mujeres están prisioneras de ella, sino también los hombres, porque ellos nunca llegarán a ser todo lo que deberían ser hasta que se conecten nuevamente con la “ayuda idónea”. Sin esta reconciliación, tanto hombres como mujeres están totalmente... incompletos.

Las mujeres son, realmente, la música del corazón. Cuando se las

ignora o se las maltrata, es como si la sección de cuerdas y la sección de bronces de una orquesta sinfónica quedara muda en medio de un concierto. Peor aún; cuando las mujeres sufren maltrato, como veremos en el próximo capítulo, los instrumentos sufren daños irreparables.